

sésamo

DIARIO

Carlos Reyles

Dos textos excepcionales sobre Reyles por primera vez reunidos: el DIARIO —inédito hasta esta edición que prologa Carlos Martínez Moreno— y LA CONVERSACION DE CARLOS REYLES por Gervasio Guillot Muñoz. Reyles llevó su DIARIO entre 1929 y 1932, hacia el fin de su vida, y en él revela con patetismo la interioridad descarnada de un escritor exhausto ya, rodeado de fantasmas más que de personajes, a quien la realidad obliga a librar mezquinos combates por su sobrevivencia. El otro texto es el fruto de largas y amenas conversaciones entre Reyles y Guillot Muñoz: ahora, ya en su tercera edición, puede considerarse uno de los más deslumbrantes testimonios en la historia literaria del país.

Preço de venta en Montevideo: \$ 380.—.

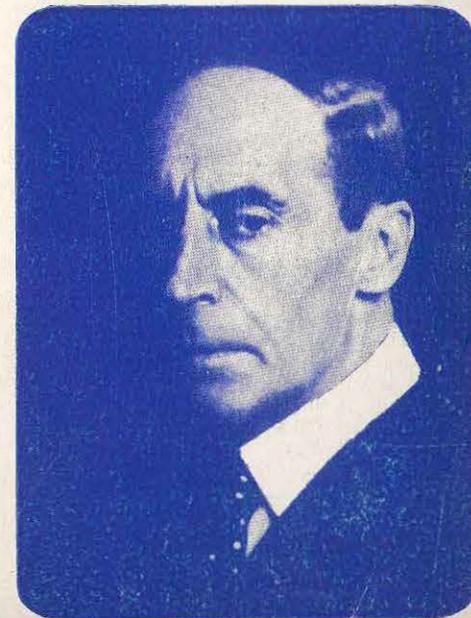
DIARIO

sésamo

arca

DIARIO

Carlos Reyles



y "La conversación
de Carlos Reyles" por
Gervasio Guillot Muñoz

sub 160r



DIARIO

CARLOS REYLES

DIARIO

Seguido de

La conversación de Carlos Reyles
por Gervasio Guillot Muñoz

Prólogo: Carlos Martínez Moreno



Colección Sésamo/Arca

DIARIO

Prólogo

Este prólogo tiene una condición de originalidad formal: la de ser común a dos obras de autores diversos, incluidas en un mismo volumen. Una de esas obras es inédita y ocupa el lugar central de este libro: es el *Diario* que Carlos Reyles escribió entre 1929 y el 20 de marzo de 1933. La otra es édita, se llama *La conversación de Carlos Reyles* y fue publicada por primera vez, en edición del INIAL (Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios) en 1955, año anterior al de la muerte de su autor, Gervasio Guillot Muñoz (1897-1956), aunque fue escrita verosímelmente un lustro antes. Una segunda edición, en la colección "Ensayo y Testimonio" de ARCA, vio la luz en marzo de 1966.

Ambas obras —ésta es la razón sustancial para juntarlas en un solo tomo— se refieren a la misma época de la vida de Carlos Reyles. La primera anotación de este *Diario* (Reyles escribió otros antes, y Luis A. Menafrá cita, en su obra *Carlos Reyles*, 1957, fragmentos de *Diario* que llevan fecha de 1927) es de 1929 y fue hecha en la Villa Mimi Pinson, en Arcachon le Moulleau, al sur de Francia. La última anotación está fechada en un 20 de marzo de un año que no se precisa, pero que es seguramente el de 1933. El libro de Gervasio Guillot Muñoz comienza diciendo: "Conocí a Carlos Reyles a fines de diciembre de 1929 y lo frecuenté hasta comienzos de 1933". Aunque el autor ha preferido recatarlo, fue la adhesión de Carlos Reyles al golpe de Estado del 31 de marzo de 1933 lo que enfrió

CARATULA: JORGE CARROZZINO

ARCA Editorial s.r.l.

Colonia 1263/Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

la amistad entre él y los Guillot Muñoz, quienes fueron radicalmente contrarios a la dictadura de Gabriel Terra.

Los dos trabajos inciden pues, sensiblemente en una misma época de la vida de una misma persona; su publicación conjunta permite ilustrar lo incumplible y vano de muchos de los propósitos personales de Reyles y libra un implícito cotejo entre lo que Reyles creía de sí mismo y lo que un observador simpatizante pero insobornable y sagaz no podía dejar de ver en él. Por eso, la idea de incluir este *Diario* y *La conversación* en un mismo libro, resulta esclarecedora para el cabal conocimiento de Carlos Reyles. El mérito de tal iniciativa pertenece a los editores.

* * *

Este *Diario* toma a Reyles cuando tenía sesenta años y meses y lo deja por la vecindad de los sesenta y cinco. Reyles, nacido el 30 de octubre de 1868, murió el 24 de julio de 1933, sin haber llegado a cumplir los setenta años.

El *Diario* presenta a un Reyles situado en los umbrales de la decadencia —acaso una decadencia precoz— y luchando, con arrogancia y con caídas, contra la amenaza de la esterilidad como creador y de la senectud como hombre.

Tiene algunas características que importa anotar desde el comienzo, para que el lector pueda verificarlas: es discontinuo y pasa por encima de eventos importantes de la vida de un Reyles empobrecido pero aún, a ratos, soberbio y señorial; menciona a muy poca gente y cuando se refiere a alguien es porque de *Diario* ha caído a agenda, a *pour mémoire*. Incluye borradores de obras crepusculares y frustráneas —*La Isla Maravillosa* y *El burrito en-*

terrado— así como constantes reflexiones y conatos vinculados a la composición de las dos últimas novelas de Reyles: *El gaucho Florido* (1932) y la póstuma *A batallas de amor... campo de pluma* (Sopena, Bs. As., 1939). Omite polémicas y obras circunstanciales en que el Reyles de esos años se empeñó: la *Historia sintética de la Literatura Uruguaya*, cuyo plan se le encomendó en oportunidad de los festejos del Centenario y cuya única y maza-cótica edición es de 1931; la polémica con Adolfo Montiel Ballesteros a raíz de este encargo; el episodio de la cátedra de conferencias, su magnánimo acto de dejación ante el postulado reintegro de Vaz Ferreira; su segunda cátedra; su libro *Panoramas del mundo actual*, en que se reúnen sus primeras conferencias (1932), aunque a éstas aisladamente se aluda en anotaciones dispersas. Pasa por encima de honores transitorios, que no mitigan la dominante soledad de estos años, una soledad que subyace a muchas de las observaciones del *Diario* y aflora ocasionalmente en él, dándose en cambio casi como una imperceptible alusión en la obra de Guillot Muñoz.

Los temas centrales del *Diario* (exclusión hecha de los borradores de obras que usurpan allí lugares que debieron corresponder a otros cuadernos) son unos pocos e insistidos: el cuidado de la salud de Reyles; el vaciado de su desencuentro con un país al que ha regresado sin hallarse plenamente otra vez en él; la composición de una imagen dura, escueta y enérgica a ofrecer a los demás, en tanto lo roe el deterioro de pasadas vanidades, cada vez más sin piso, con menos correspondencia asible entre él y sus connacionales; por consecuencia, la soledad; la vacilante, débil invención simultánea de sus dos últimas novelas; el esbozo de sus posiciones políticas frente al mundo que le es contemporáneo; el escrúpulo de comprender a ese mundo y de seguir

inventando con brío, para no rendirse a la vejez; la pobreza.

Suele ser, en medio a su sequedad, un documento casi patético; jamás enternecedor, comunicativo, ameno, ni siquiera simpático. En un trabajo que escribí hace algún tiempo con doble nombre y doble destino (*Requiem impío por Carlos Reyles*, en Maldoror, Montevideo, N° 3, tercer trimestre 1968 y *Desapacible imagen de centenario: Carlos Reyles*, en Amaru, Lima, N° 7, julio-set. 1968), traté de explicar y razonar la índole de recóndito compadecimiento y aún simpatía que involuntariamente puede suscitar este Reyles final, desmantelado, adusto y hostil al género humano. Es, por otra parte, la imagen que se levanta de las páginas de Guillot Muñoz. No es ahora la ocasión de volver sobre el punto; pero lo cierto es que el *Diario* allega nuevos elementos corroborantes para construir "la imagen de un Reyles no querido por Reyles y mucho mejor que el servido por Reyles", según aquella vez escribí. Casi siempre, la crítica reyleana se ha saltado tal posibilidad: o acata a Reyles o lo detesta; en la actual bibliografía uruguaya, son respectivamente las posiciones asumidas por Arturo Sergio Visca y Mario Benedetti.

En el curso de este prólogo, me propongo ilustrar brevemente cada uno de los temas principales que modula este *Diario*; y a renglón seguido de él incluyo una iteración de los hechos de la vida de Reyles en el lapso que abarcan sus anotaciones, a fin de que el lector disponga de elementos de juicio para formarse una impresión propia sobre lo que al sexagenario Reyles le importaba y lo que el sexagenario Reyles por orgullo o por aristocrático desdén, dejaba pasar sin palabras.

* * *

Varias veces he declarado públicamente mi entusiasmo por el estudio de Gervasio Guillot Muñoz. En el prólogo a *La raza de Caín* (Biblioteca Artigas, N° 94) le llamé "hermoso y breve libro" y encontré razón a los elogios con que otros han saludado "esta índole de libro culto y refinadamente testimonial, producto de madurez en el panorama de una literatura" (nota al pie N° 9), considerándolo "un libro fuera de serie en los anales de la literatura uruguaya" (pág. LVII); en el *Carlos Reyles* que escribí para Capítulo Oriental (Entrega N° 16) le llamé "libro cautivante" (recuadro de pág. 245). Las pocas páginas de Guillot Muñoz parecerían no soportar tanto elogio; pero su calidad, su civilizada urbanidad para que el retratista disienta con el retratado y al mismo tiempo le sea fiel, su probidad intelectual e incluso su recato de aquellas divergencias en que el autor podría aparecer rotundamente triunfal frente a su biografiado ya difunto, son preceas de cultura que nuestra joven literatura, hecha a los *corsi e ricorsi* de las negaciones generacionales inmediatas y de las contritas magnificaciones a distancia, casi no puede ofrecer.

Es que Gervasio Guillot Muñoz (27 de setiembre de 1897 - 26 de octubre de 1956) fue uno de los escritores más agudos y cultos de la generación del Centenario. Junto a su hermano gemelo Alvaro, impulsó y editó la revista *La Cruz del Sur* y dejó en ella páginas valiosas; enseñó —con alta competencia— Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades. Sentía un gusto, seguramente de estirpe europea, por tal tipo de trabajos testimoniales; y publicó también una *Conversación con Figari*, en la *Gaceta Literaria*.

Este libro sobre Reyles fue escrito en fecha imprecisable, que su familia sitúa alrededor de 1950; en todo caso, no ocupa los últimos tramos de la vida de Gervasio Guillot Muñoz. Reyles, acompañado

de su secretario Antonio Varela (muerto hacia el final de la época que el libro evoca) visitaba a Guillot Muñoz en su casa, sin que ni éste ni nadie visitaran al empobrecido Reyles en la suya. Por aquella época, Reyles estuvo vinculado a diversos miembros de la intelectualizada familia Muñoz: Alvaro y Gervasio Guillot, Eugenio Petit Muñoz, María Elena Muñoz, Gervasio Furest Muñoz. Todos ellos aparecen colaborando en el homenaje por el cual *La Cruz del Sur* dedica a Reyles un número especial (Nº 31, abril - mayo 1931); es "la copiosa muñozada" que, sin demasiada elegancia, Montiel Ballesteros le reprochó a Reyles estar patrocinando en la literatura uruguaya, con ocasión de la *Historia sintética*. Gervasio Guillot Muñoz, en ese ejemplar de *La Cruz del Sur* se refiere a las obras que por aquel tiempo mantenía inéditas el novelista y ensayista Reyles: *El gaucho Florido*, *A batallas de amor...*, *Cogito, ergo sum* (que habría de sufrir la transformación nominal egotista que la rebautizara *Ego Sum*, obra cuyo punto final puso Reyles el día 23 de julio de 1938, inmediatamente anterior al de su muerte) y un tercer tomo, nunca aparecido, de *Diálogos Olímpicos*.

Gervasio Guillot Muñoz conversó largamente con Reyles (o, por mejor decir, escuchó conversar largamente a Reyles) cuando éste iba a su casa quinta de la calle Lucas Obes. De allí surgieron los apuntes y memorias que cuajaron en este libro. Cuando Reyles, desde el extranjero, adhirió por telegrama al golpe de Estado de Gabriel Terra, la amistad entre él y Guillot Muñoz se enfrió. Guillot vivió posteriormente años en Buenos Aires, y en la ocasión de algún regreso visitó a Pedro Figari —también terrista— pero no a Reyles. Otros hechos de significación mundial, como la Guerra de España, con Guillot afiliado a la causa republicana y Reyles a la del fascismo, en trémula militancia que culminó

con el delirante discurso de recibo a Gregorio Marañón en el salón de actos del Ministerio de Salud Pública, deben haber acrecentado esa distancia. Cuando Guillot Muñoz escribe *La conversación*, Reyles ya ha muerto. El biógrafo silencia con honesto pudor el origen de tales divergencias; la frase inicial se limita a decir cuál época abarca, sin explicar su brevedad. Y el libro, escrito sin que Guillot Muñoz y Reyles se hubieran reacerado, es un acto intelectual de probidad y de generosidad: Guillot Muñoz quiere allegar páginas que ayuden a una comprensión mejor y más simpática de un Reyles cuya fortuna literaria póstuma no era muy deslumbrante en la década de los cincuenta.

* * *

La obsesiva preocupación de Reyles por su salud es uno de los temas recurrentes del *Diario*. Se cifra a menudo en la batalla contra el cigarrillo, en la historia de los grandes propósitos y las miserables claudicaciones que marcan sus relaciones con él. "Dejar de fumar en absoluto: ni un solo cigarrillo más. Estar alerta contra la engañifa de fumar poco o dejar la resolución para el día siguiente. No admitir ni remotamente la posibilidad de fumar. Analizar el deseo para destruirlo. El deseo no tiene fuerza en sí, es imaginario y no puede nada contra la voluntad firme. No dolerse sino alegrarse de dejar el vicio; es una liberación".

Estas recetas de la voluntad, estos esfuerzos de autoconvencimiento abren el *Diario* y ponen una nota casi maniática, enrarecida desde su comienzo. Y en páginas que no son minuciosas en el recuento de hechos más importantes, esta alternativa de energía y desfallecimientos, cuando no de pequeñas trampas, está referida al detalle, sin ser nunca interesante pa-

ra otro que el autor de las anotaciones. "Hasta hoy cumplí mi programa; hoy, por ser domingo, fumé. Pero será la última debilidad. Por ninguna causa prepararé. No más debilidades", anota el 18 de agosto de 1929. "He vuelto a claudicar. No tendré perdón de Dios si vuelvo a ceder", apunta nueve días después, el 27 de agosto. "Claudicaciones tras claudicaciones... Es preciso que cumpla mi programa de cura física y moral al pie de la letra, sin postergarlo por ninguna causa: dejar el cigarrillo en absoluto es, aunque parezca paradójal, el primer escalón. Duro con él", escribe el 22 de julio de 1930. "He vuelto a fumar, no tengo perdón de Dios. Desde mañana cumpliré en *todo* mi programa al pie de la letra", el 28 de enero de 1931. Esta patética frustración —inmensa para un Reyles claudicante y enfermo— está veteada por propósitos de una cura más vasta, una innominada cura moral. Ella tiene que ver además, como veremos, con la impostación de una actitud gallarda, mayestática, casi heroica pero a ensayar en el vacío y a olvidar en los hechos.

"Cumplí mi programa al pie de la letra; leerlo dos veces por día. Todas las noches anotar lo que he hecho. Sobre todo, nada de blandicies y sentimentalismos", stampa el 22 de setiembre de 1929. "Hacer todo lo necesario y desde mañana para obtener una mejoría inmediata de la garganta, el corazón, las arterias, los nervios, el estómago. No admitir ninguna componenda, que son (sic), en el fondo, claudicaciones vergonzosas", agrega cinco días después (setiembre 27). "Cura moral: desechar las ideas tristes, optimismo, serenidad, confianza, firmeza, *reserva*, oír, no hablar. Ir poniendo al día las deudas que tengo conmigo mismo. Dejar definitivamente el café y el cigarrillo. Es necesario que día a día me sienta mejorar moral, intelectual y físicamente", escribe el 3 de agosto de 1930. "Es preciso que cumpla lo prometido. Ni cigarrillos ni café, ni

sentimentalismos ni desfallecimientos, ni inquietudes ni irritaciones; serenidad, confianza, energía. Ir a lo mío sin vacilar. Robustecer mi voluntad y mi salud por todos los medios y sin sensiblerías. Examen de conciencia diario, por las noches", dice el 27 de octubre del mismo año. "Someterme a una seria disciplina para curarme moral y físicamente... Cultivar mi voluntad en los ejercicios más adecuados. Prepararme para la conferencia sin darle mayor importancia", apunta el 10 de noviembre. De estas observaciones menudas pero devoradoras no lo liberan el cambio de año ni el cambio de escenario: "Organizar mi vida en París. Me dedicaré por entero a mis libros y a mis nanas", abre, un 1º de enero, las anotaciones de 1931.

Todo esto llega a resultar fastidioso al lector; pero ilustra los duros y opacos empeños en que se gestó la declinación precoz de Reyles. A los sesenta y pocos años, ya era un hombre titubeante y socavado, convicto de sus males, arriando a veces frente a ellos el pabellón de su portentosa vanidad, que no bastaba a acompañarlo. Su invención creadora estaba virtualmente muerta. Su soledad era un hecho, que pautaban los viajes de su hija. Su desesperación por vivir era menor que su obstinación por seguir teniendo vigencia ante los demás. Padecía ya entonces de arteritis obliterante, la enfermedad que lo llevó a la muerte el 24 de julio de 1938. Padecía también de incurable esterilidad como creador, el mundo se retiraba ante él. Se veía pobre, desertado de todos, con sólo fugaces relámpagos de lucimiento, histrionismo y vanidad. Prefería librar esa batalla descomunal por la vida y la posteridad, en el pedacito más trivial y pequeño, acaso porque fuera el que le resultaba individualmente más difícil o, ¿quién sabe?, más engañosamente consolador en la medida de lo que se perdía con cada claudicación: preferiría reducir todo su infortu-

nio, toda su decadencia a la lucha contra el cigarrillo y el café.

* * *

Este Reyles estaba solo —acaso injustamente, acaso por una sanción abrumadora que había venido a recaer sobre la suma de sus excesos de carácter, de egotismo, de rotundidad hiriente, de cultivada superioridad— y quería convencerse de que había buscado y querido estar solo. La confrontación entre las páginas del *Diario* y las páginas de Guillot Muñoz muestra que Reyles se escamoteaba las verdaderas causas.

Ya hemos dicho que el *Diario* no cita estrictamente a nadie que no sea Reyles, no convoca a ninguno más a sus páginas; cuando se nombra a alguien, es para no olvidar algo, asistir a una conferencia, contestar una carta; son menciones de agenda.

“Hoy cumplí los sesenta y dos años” —escribe el 30 de octubre de 1930. “La vejez condimentada con la tragedia de la pobreza. A pesar de los desencantos y amarguras que he sufrido desde que llegué a mi tierra donde, a lo que parece, se me aprecia menos que en ninguna otra, conservo el ánimo entero”. Esta invocación basta para empinarlo sobre los estribos, y de derrotado pasa a perdonavidas: “Mis asuntos mal. Hasta la adquisición de mis obras por el Estado, en vez de la cátedra propuesta por el Consejo N. de Administración y aceptada unánimemente por el Senado, ofrece obstáculos, no merece las simpatías de ciertos diputados. Aún les parece caro que el Estado adquiriera la propiedad de mis obras por 400 pesos mensuales cuando bien administradas darían más, sobre todo si se agregan las nuevas; cada una me reportaría en el primer año una utilidad de dos o tres mil pesos. El Estado haría el buen negocio, yo el malo. Creen los muy alcorno-

ques socorrerme como si yo hubiera vuelto a mi país a recibir favores y no a darlos”. Tras toda esta arrogancia amargada, escarnecida por la adversidad y ya insolvente, suena a falso la frase interrogante que cierra la anotación de ese día: “¿Debo tomar cuanto me ocurre en serio o en broma?”

“Ayer se fue Almucha... quedo muy solo moralmente”, había escrito tres días antes (octubre 27); y ésa es la despojada verdad, no la de estas fatuidades o fanfarronerías seniles.

Está solo, aunque la historia pueda decir que tuvo la parte generosa y magnánima, cuando se produce el episodio de la cátedra de conferencias. Y entonces, sin mencionar a nadie, como una reflexión genérica (cargada de quién sabe cuántos rencores púdicos), como un posible tema de ficción novelesca Reyles escribe: “Quizá el *caso* de los discípulos atribuyéndole al maestro toda suerte de virtudes intelectuales y morales que sólo existen en la imaginación de ellos. Se consagran a propagar su doctrina; ésta no aparece en los libros publicados sino en las notas, que darían margen por lo menos a veinte volúmenes. Allí se encuentra el pensamiento del maestro, tan profundo y arcano que las palabras son insuficientes para explicarlo. “Tenía que suceder”. Buscan, rebuscan, escudriñan y al fin descubren espantados que los veinte volúmenes son veinte volúmenes de silencio que piadosamente luego llaman misterio. Pero no cejan. Para descifrar aquellos enigmas se dedican a inventar una lengua. Pero ésta llega a ser tan grande galimatías que por fin concluyen por no entenderse entre ellos mismos y los discípulos tampoco y así pierden el uso de la palabra y de la razón”. Y para concluir, postizamente añade: “Todo estriba en la afabulación. Estos discípulos que propagan los mitos de un mito son los pastores del rebaño nacional” (anotación del 11/VII/932).

Pero este tema de Henry James no llega a escribirse. Y lo que él disimula mal es que Reyles se sentía solo y sin discípulos, frente un Vaz Ferreira que los tenía.

Ya hacia el final del *Diario* anota: "El personaje central de *A batallas*. . . podría ser yo mismo, o mi yo solitario, insular". Ese "yo solitario, insular" es el que le dicta el ensayo *Soledad, fiel compañera* que abre el volumen de *Incitaciones* (Chile, Ercilla, 1936) a la vez que, cuando piensa en él, lo empuja a apuntar la posibilidad de transformar tal ensayo "en acción dramática o novelesca". El Reyles de 1932 estaba más vivo como ensayista que como creador. Y hay que desconfiar menos de él cuando transfiere sus sentimientos a racionios (cuando la impresión crepuscular y solipsista de un mundo que se le escapa lo lleva a estampar, en el frontis de sus *Panoramas*, que "el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas") que cuando se propone el camino inverso, dramatizar o novelizar sus ideas. Porque entonces el resultado puede ser tan triste como *La Isla Maravillosa*.

* * *

Este hombre que está solo tiene un tembloroso temor de envejecer, sobre todo si la vejez significa esterilidad, impotencia, resecamiento de su presancia creadora. Esta es una de las corrientes que recorren las páginas del *Diario*.

Podrá haber empezado con una jactancia: "Otros triunfos, muchos agasajos, muchas demostraciones de afecto", escribe en Montevideo, el 11 de febrero de 1930. "*El Gaucho Florido* adelanta", acaban de designarlo asesor artístico literario de la Comisión del Centenario, le pagan dos mil pesos anuales y espera, con bazarria, que le aumentarán la remuneración en cuanto lo vean hacer. Pero esa arrogancia

inaugural no dura. Meses después, al cumplir sesenta y dos años, hablará de "la vejez condimentada con la tragedia de la pobreza". El 30 de enero de 1932, en París, proclamará como vacuos los seis últimos meses del año recién transcurrido, calificará su salud como "regular", opondrá su ánimo entero a sus pocas ganas de trabajar y se dará unas cuantas recetas histriónicas para conservar la implantación personal desafiante y joven. Pero si las empieza con la frase "Desechar las ideas deprimentes", habrá de cerrarlas con una interrogación más desesperanzada: "Noto ahora en mí cierta *timidez* y *torpeza* extrañas que urge combatir, lo mismo que una inexplicable *pereza*. ¿Será la vejez?"; para contestarse en seguida, con la vieja gallardía, que aquí aparece sentida de labios afuera: "No, mi alma ni mi físico tienen arrugas. Quizás estoy físicamente cansado. Distraerme".

Y el 5 de mayo, en medio de una plana de frases e ideas, esta sentencia impersonalizada pero transparentemente introspectiva: "El tiempo que pasa va marcando en la conciencia segundos nuevos como el minuterero en la esfera del reloj. Muy pocos saben ver la hora". Y entre quienes no se resignan a saberlo, se alista el propio Reyles.

Guillot Muñoz apunta: "El no quiere envejecer y, sobre todo, jamás se resignará al peor de los envejecimientos (según su criterio), es decir, a no comprender el espíritu de las nuevas generaciones. De ahí cierta actitud un tanto demagógica respecto de los escritores y artistas surgidos después de la primera guerra mundial; de ahí sus elogios al vanguardismo, no siempre muy convencidos".

Es claro que esta tirante ambición de estar *à la page* lo llevaba a enterarse: Proust, Valéry, Scheler, ler, Husserl, Mann, Joyce figuraban en sus lecturas. Acaso ya no abrevara en ellos sus ideas, que estaban congeladas en cierto tipo de autoritarismo que

lo hacía poco atrayente para audiencias jóvenes, en ciertos miedos viscerales de viejo, como el que sentía por el supuesto avance del comunismo en el país y en el mundo de aquellos días.

En el predio de sus emociones personales, su anacronismo era un hecho: "Cuando habla de las mujeres, Reyles muestra una sensibilidad, estilo e imágenes característicos de 1900", dice Guillot Muñoz.

* * *

Para tratar de sobrevivirse, se obstinó (todo en Reyles era obstinación, pero hasta su testarudez se descascaraba con los años) en componer una imagen, en dar de sí una visión impresionante a ojos de los demás. En algún caso, corrió el riesgo de arruinar, por ese afán de monumentalidad, sus restos de gracia. Por suerte para sus interlocutores, la vida cotidiana desoyó algunos de esos marmóreos propósitos.

"Optimismo, serenidad, confianza, firmeza, reserva, oír, no hablar", estampa el 3 de agosto de 1930. "*Administrar mis energías severamente*", subraya el 8 de enero de 1931. Y con infinita candidez egotista concluye: "Es necesario que todos los días obtenga un triunfo, de cualquier naturaleza que sea".

"Economizar energías... Hablar poco, obrar. Cuidarme como un parejero", insiste el 15 de marzo de ese año. "Economizar energías, distraerme. Hablar lo menos posible", vuelve maniáticamente el 8 de abril, ya en viaje a Europa, a bordo del Avelone Star. "Hablar poco, oír, observar", insiste cuando 1932 empieza para él en París. Aquí ya se confunden las recetas de su arrogancia con los cuidados de su salud: "No alterarme por nada", escribe el sesentón de arterias destruidas. Pero en seguida, con

los restos de su feroz voluntad se yergue: "Delante de la suerte adversa, mondar el pecho. No descuidar ninguna circunstancia para ascender. Ir a lo mío sin titubear. Ser certero y diestro. Gravitación sobre mí. Higiene rigurosa, física y moral. Cultivar el contento de mí mismo y los goces de la contemplación y la acción".

Esa evocación de posibles apogeos otra vez frecuentes, le dicta esta fatua composición de su propia imagen ante los demás: "Considerar el mundo como un gran espectáculo y no parecer sino ser un gran actor que tiene algo propio que decir. Conservar mi orgullo de artista y acogotar mi vanidad. Ser simple y natural, pero cuidar la línea, la postura, el carácter, el estilo de vida y el acento". Por un momento es el Reyles de El Tronío, el Reyles de la majesta y el rumbo, el tieso señorito americano que posó en frac para Zuloaga. Pero a renglón seguido toda esta escenificación vital se derrumba y es ya una trémula mano de viejo la que se pregunta por su timidez, por su torpeza y por su vejez; sí, es la misma, aunque acabe por echarle las culpas al cansancio.

¿Qué queda, de esa imagen argüida, en los testimonios de sus mejores contemporáneos? Guillot Muñoz recuerda que "Reyles es un conversador de pequeño círculo, sin ninguna condición para descollar en una vasta asamblea", aunque seguidamente anota que "los rasgos cardinales del pensamiento y del estilo de Reyles aparecen a menudo (en su conversación) con una claridad más irradiante y hasta con una dignidad más luminosa que en sus propios escritos". "Reyles narra mejor cuando habla que cuando escribe; un relato, si lo hace oralmente, es más vivo, más ágil de estilo, más agudo en el detalle revelador de una situación o de la conciencia de un hombre, que cuando lo hace con la pluma". "Parecería que a Reyles la sustancia narrativa se

le enfriara y se le diluyera cuando la pule y la decanta al pasarla por su pluma”.

Y es este hombre, mejor narrador oral que escritor, quien se propone hablar poco, escuchar, jugar garbosamente al gran actor con libreto propio. Por suerte para sus interlocutores, decíamos, esas consignas de silencio y oráculo no se cumplían en los hechos. También aquí Guillot refiere que “en un primer encuentro es poco probable que Reyles se revele como maestro en el arte de la conversación. Su palabra parece opaca, algo vacilante, inexpressiva y hasta propensa a la trivialidad”. Pero si el tema lo apasiona, el conversador “es capaz de administrar bien la poca voz de que dispone, y sabe modelar el tema, extenderlo con discreción, ubicar sutilmente sus ideas, darles brillo y largo alcance; arquearlas con flexibilidad y una elegancia un poco altanera (muy de Reyles) y terminarlas en un estilo cortante, casi aforístico”.

Ese conversador que en el *Diario* se ha propuesto repetidamente callar, escuchar, observar, suele ser profuso. Guillot anota: “Un día llegó a casa a las diez de la mañana y se retiró a las tres de la madrugada del día siguiente. En esa visita (como siempre) él tuvo la palabra”.

Ese Reyles que hablaba en casa de Guillot Muñoz era más brillante que aquel otro que con el cansancio y la acrimonia de cada fin de jornada, se sentaba a llenar las páginas del *Diario*. Incluso era más deliciosamente inactual en su garrulería. Guillot —que sí debió callar y escucharlo— recuerda cómo usaba vocablos franceses echados a circular por la Exposición Universal de 1900, en medio a un léxico español rico y vario, con “palabras populares y cultas, tomadas en la Puerta del Sol de Madrid o en el refranero clásico”; cómo empleaba “vocablos del caló madrileño y andaluz” y “a veces expresiones

obsoletas y algún arcaísmo, lo que da sabor, variedad y elasticidad expresiva a su hablar”.

* * *

Toda esa cultiparla no podía engañar a otros, ni podía servir a su autoengaño. Reyles, que nunca fue un hombre muy dotado para escribir (en otro sitio he dicho cómo las barrancas son invariablemente agrias desde *Beba* a *El gaucho Florido*, cómo la leche sigue siendo el blanco licor y el mate el nacional brebaje a través de los años), envejecía definitivamente como creador, se esclerosaba sin remedio. *El gaucho Florido*, novela nostálgica, sin construcción suficiente, es la expresión pudorosa de esa decadencia; *A batallas de amor... campo de pluma*, que se nutre en el flanco de la caduca imaginación erótica de Reyles, es en cambio la expresión lamentable, ni siquiera apta para el escándalo.

El *Diario* sigue el proceso de composición, a veces simultáneo, de esas dos novelas, al par que transcribe fragmentos íntegros de los olvidables ensayos teatrales de *La Isla Maravillosa* y *El burrito enterrado*. Editado ahora este *Diario*, los prologuistas de futuras ediciones de *Florido* y *A batallas...* —si las hay, lo cual es sobre todo improbable en el caso de la segunda— podrán recoger aquí un material erudito para cotejos, y asistir al débil alumbramiento crepuscular de estos dos libros débiles. Es, de todos modos, una tarea que escapa a los límites y a las posibilidades de este prólogo.

Menafra (*Carlos Reyles*, pág. 262), alude a esa composición simultánea y juzga así a Reyles por ella: “Este fue, no nos cansaremos de repetirlo, su más grande error. El fondo de ambas obras es totalmente antagónico. No pueden ser concebidas ni realizadas al mismo tiempo”.

No está probado que haga mal a un creador ocuparse en una alternativa de obras radicalmente distintas, siempre que su sistema arterial y su aptitud gestora den para hacer el salto continuo. Pero, además, seguramente el mal no estaba en componer simultáneamente obras tan diversas, sino en no tener una persuasión acuciante que empujara en particular hacia ninguna de ellas. Vista a la luz de esa irresolución del propósito creador, la composición conjunta ya no revista como causa; apunta más bien a un efecto de innecesariedad en la invención, de neutralidad última en las intenciones.

El *Diario* documenta largamente ese proceso. El 5 de setiembre, estando en París, Reyless anota: "Antes de ponerme a escribir cualquiera de las dos novelas que estoy esbozando, es absolutamente necesario que esté convencido de su valor, para lo cual es absolutamente necesario también saber de qué se trata".

Dos días después, el 7 de setiembre, declara: "¿Cuál podría ser la afabulación de Florido? El plan de esta novela no me satisface. Las posibilidades que entreveo en las notas que he tomado no son suficientes para darle cuerpo, alma y vida orgánicamente articulados a la ficción novelesca".

El 11 de marzo de 1930 vuelve sobre ese descontento, que ya va haciéndose crónico (el 26 de febrero de 1927 había anotado en páginas de otro *Diario* —según refiere Menafrá— las desventajas en intensidad y dramatismo de Florido, con respecto a Primitivo, y tras aliviar tales distancias había sin embargo consentido en que el libro en que ya entonces estaba trabajando "no tendría, así y todo, el sabor y la enjundia de *El terruño*"); está de vuelta en Montevideo y escribe: "No estoy contento de Florido. Las páginas que he escrito tienen colorido, sabor, ambiente sugestivo, pero falta el segundo plano, la visión honrada, la nota trascendente. No

iguala ni con mucho a *El terruño* en la creación de tipos. Todavía no he entrado en el verdadero drama, pero no creo que dé el precipitado humano que ansío. Puedo hacer un ensayo de las escenas culminantes y si no secretan otra cosa que pintoresco lo reduciré y será una novela corta".

Coteja sus dos obras en curso de escritura y dice: "Más me gustan las escenas de *A batallas*, pero tampoco en éstas toco el fondo, las corrientes subterráneas, el tuétano del asunto". E ingenuamente se confiesa: "Me parece que las doctrinas estéticas me han hecho mal. Cuando escribí *La raza de Caín*, *El terruño*, *El embrujo*, no las tenía. Una novela floja después de este último no puede ser. ¿Qué hacer? Cabe meditar otros temas: Mis Memorias, una comedia sobre Primitivo. Buscar asuntos. Leer otra vez a Pirandello".

El reconocimiento de la impotencia es conmovedor. Y más conmovedoras son, a esa edad y a esa salud de Reyless, las alternativas que balbucea: echarse a la busca de otros asuntos, él que —aún en su plenitud creadora— fue hombre de muy pocas invenciones; leer a Pirandello, es decir inficionarse de otras doctrinas; escribir sus Memorias, último refugio.

Al final de la anotación del 19 de junio de 1932 escribirá: *Adolescencia, Juventud, Senectud*. Memorias, ideas, pasiones. *Mon cœur à moi*".

He visto un cuaderno en blanco donde están escritos los nombres de esas tres edades de la vida. Pero no se llegó a estampar una sola palabra debajo del título, a pesar de que Reyless estaba en las condiciones ideales para empezar a escribir sus Memorias; dicho de otro modo: se habían cerrado ya sus posibilidades de creación novelesca.

El 30 de junio de 1932 (y ése es el año de la crisis del creador) empieza a descreer también de *A batallas*: se refiere a la pareja del libro, la rela-

ciona con rasgos de gente que él conoce y en una sola frase, inesperada, abruptamente, acaba por rendirse: "Pero no sé cómo vibra él ni ella".

Y días después, el 12 de julio: "Sin tener una concepción neta de los protagonistas y del ambiente en que debe desarrollarse la acción, no debo seguir escribiendo *A batallas*. . . Me hace falta encontrar el tono, el timbre. Pero esto y lo demás *dependen del vigor y la evidencia del personaje central*. Las cuarenta páginas que tengo escritas están bien, pero no veo claro lo que seguirá ni la finalidad o mejor el zumo estético o psicológico del relato". Especula acerca de una posible variante y anota: "Así quizá ganaría en intensidad. . . si es que no cae en la monotonía".

La sombra de la vejez se proyectaba sobre todo lo que estaba haciendo, para oscurecer y desestimar ambiciones mayores. El 4 de agosto apunta nuevas variantes de ambiente y desenlace para *A batallas*..., pero en seguida amonesta esta fantasía de planificación mayor: "Solamente que así el desarrollo de la obra sería muy complejo, abarcaría muchos *asuntos centrales* y tendría que darle una extraordinaria amplitud. Lo escrito casi no me serviría. Dado que una obra de grandes proyecciones me llevaría mucho tiempo y además siempre sería poco prudente mezclar temas muy dispares, lo mejor sería concentrar los fuegos en un blanco y escribir primero *A batallas* y luego 'Los sonámbulos'."

La vacilación sigue bifurcando asuntos, luchando con éste y endosando aquél al futuro. Pero, ni aún así, la novela crece bajo sus manos. El 20 de marzo de 1933 vuelve sobre *A batallas*. . . y, con innegable lucidez autocrítica (un entendimiento que resiste al tiempo más noblemente que el don de la invención) se declara otra vez insatisfecho: "Lo que tengo escrito no me place porque le falta verdad, realismo, vida, latido, sangre. Habría que ir a lo más

hondo, limpiar la narración de fruslerías, sentimentalismos ñoños y cursilerías. La intensificación, el relieve de las escenas y los episodios la producirán (sic) la gravedad y la humanidad de los personajes. Es preciso que el alma de éstos *no sea una convención, ni sus ideas convencionalismo*. Sólo así no sonará falso, y tendrá vigor, atraerá, agarrará si logro cargar los personajes, los episodios y la novela entera de humanidad trascendente". Y a renglón inmediato, en subrayado y con optimismo, estampa: *Reforma de los personajes*.

Pero ni esa lúcida obstinación autocrítica ni el propósito —que confiaba a Guillot Muñoz— de dar a esas obras "cierto relampagueo de estilo y de superficie, un dinamismo parcialmente mesurado, como garantía y condición de vivacidad en el relato, y un 'espíritu de construcción', rasgos todos ellos que pudieran acercarlo a la concepción y modalidad de algunas corrientes de nuestro siglo", animando a sus novelas "con fuerza moza, savia del 'profundo hoy' (la expresión es tomada de Blaise Cendrars), energía ética e impulso pensante", podían a esta altura dar sus frutos. Reyles estaba reseco como creador y, en medida diversa, las dos novelas últimas lo prueban.

Ya hacia el final del *Diario*, cuando se ha perdido la iteración de las fechas, a una altura en que *Cogito, ergo sum* se llama *Ego Sum*, torna a consignar su inconformidad, referida a la novela que habría de hacerle tan poco favor póstumo: "Si veo que no llega a la calidad de mis otras novelas, ponerla de lado y completar los *Diálogos Olímpicos* o escribir *La Calle* o *Infancia, Juventud, Senectud*, que tendría por primer título *Ego Sum*".

Sigue barbotando nombres (*La Calle*) o cambiando (*Infancia por Adolescencia*) el de Memorias que no habrá de escribir. La piedad de Reyles consigo mismo —uno de sus rasgos seniles, que este *Dia-*

rio documenta— sigue manando escapatorias, proyectos, disculpas. Y la antigua, invencible arrogancia sigue soñando: “Podría también escribir una serie de artículos sensacionales, si los pagaran más”. Pero ya había un abismo cavado entre él y la gente, y lo que a Reyles le parecía sensacional había dejado de serlo para sus posibles lectores.

* * *

Pero fueron sobre todo sus ideas político-sociales (la ideología de la fuerza, la metafísica del oro, las conclusiones autoritarias, de raíz fascista, en que desembocó su vitalismo energético) las que consumaron la obra de arrumbar a Reyles en vida, aislándolo de todos, creándole, sub especie doctrinaria, parecidos enemigos a los que ya le había deparado la aspereza agresiva de su carácter.

Guillot Muñoz estudia muy bien la planta ideológica de este Reyles arruinado y autoritarista, su vitalismo hedonístico, su punto de partida “falseado por su esquema de acción, voluntad y hedonismo, por el uso y el abuso de una prefiguración mítica y utópica (en el fondo muy burda) del oro”.

Reyles refiere a Guillot sus ideas sobre marxismo, casi siempre de segunda mano, superficiales y confusas. Proclama ante el auditor sus simpatías políticas por Mussolini, por Primo de Rivera, su afinidad con los planteamientos de Charles Maurras y su Action Française. Predice la muerte del burgués, a manos de la revolución, pero instado a hablar sobre ésta “aparece Reyles en el mundo de la ficción”. “La idea de la revolución, en Reyles, además de ser mítica, prescinde de los datos de la historia, de la economía, de la sociología y de la política”. “Yo, como individualista irreductible, rechazo de modo rotundo la socialización que predicán los dirigentes soviéticos”.

Alvaro Guillot Muñoz me ha contado el simplismo de los miedos y los odios ideológicos de Reyles, algo que sin duda su hermano Gervasio quiso recatar en el libro: “El bolchevique es el troglodita tecnificado”, decía Reyles y recuerda Alvaro Guillot. Un reflejo de tal índole de simplismos —aptos para que Hollywood fabrique el consabido film clase B contra comunistas— se advierte en *La Isla Maravillosa*. El lector podrá verlo.

El *Diario* muestra también el crecimiento de la fantasía de esos miedos. En París (setiembre 5 de 1929) explica así la situación del Uruguay que cerraría su ciclo en el golpe de Estado del 33 (a cuyo pregonado anticomunismo acaso se deba en buena parte la adhesión de Reyles): “Quizá la evolución del Uruguay desde el caciquismo al comunismo en puertas, pueda servir de materia prima para una serie de obras novelescas”. Afortunadamente, no llegó a escribirlas.

El 15 de abril de 1931, refiriéndose a *Florido*, se pregunta: “¿Le daría volumen y valor a la novela las reflexiones sobre la muerte y la obra del patrón, la transformación de la estancia, las ideas nuevas del hijo, las cabañas, los tambos, la agricultura, amenazadas a su vez por el avacismo?” Y tres días después, pensando en el cataclismo escribe: “La propiedad de la tierra está seriamente amenazada. El gran señor de los campos ha desaparecido. Las masas avanzan. Y nada puede contener la ola... que tampoco será la última en hacer arabescos fantásticos en la arena. Lo que en ella escriba lo borrará el viento. Y vendrán otras olas y luego otras olas y luego otras, hasta que se seque el mar”.

La nostalgia de que el gran señor de los campos haya desaparecido, le guiará la mano para escribir las páginas más impregnadas de *El gaucho Florido*. En *El nuevo sentido de la narración gauchesca* (tomo III de la *Historia sintética*) pide, en

los nombres de Espínola y Dotti, una obra cumbre a la narración gauchesca. Y explica así su apremio: "Urge fijarla en el papel, antes que el campo, nuestro viejo campo, la estancia y el gaucho entren para siempre en el reino de las sombras". Yo y el Universo morimos, habría que anotar, parafraseando a Macedonio.

Reyles decía a menudo "Yo vivo mis ideas", según recuerda Guillot Muñoz; lo decía, al parecer, con desdén por Rodó, de quien pensaba que solo las había escrito. Pero esas ideas estaban agarrotándose, haciéndose sentimientos, tornándose arbitrarias, pa-sándose de simplistas: "El más explotado explota a su vez —escribe en el *Diario*, a propósito de *A batallas*—. Todo el género humano practica el ganarás *mi pan* con el sudor de *tu frente*. ¿Cómo remediar el mal? ¿Suprimiendo el dinero? Sería inútil, quedarían los otros poderes de coacción".

* * *

Acorralado, enfermo, pobre, con su fantasía creadora casi totalmente agotada y sus rumbosas ideas autoritarias de ex potentado, fiel a su edad de oro en la desgracia, Reyles tenía ya muy poco que hacer en la vida cuando redactó este *Diario*. La imagen que estas páginas dejan del hombre que las escribió es una imagen crepuscular. Pero el testimonio de Guillot Muñoz abona que existió cierta grandeza patética, descolocada y solitaria en tal crepúsculo. El lector va a internarse en él.

CARLOS MARTINEZ MORENO